DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

EL NÚMERO 5 CÉNTIMOS

La Voz de Guipúzcoa

EL NÚMERO 5 CÉNTIMOS

Año XIV — Diario Republicano — Núm. 4.553

PRECIOS DE INSERCIÓN

En cuarta plana, diez céntimos la línea.—En tercera plana, cincuenta céntimos la línea.—Gacetillas, veinte y cinco céntimos línea.—Anuncios en primera plana, 1,50 pesetas la línea.—Reclamos y comunicados, á precios convencionales desde dos á veinte y cinco pesetas la línea.—Esquela mortuoria en primera plana á una columna, 50 pesetas; á dos columnas, 100 pesetas; á tres columnas, 200 pesetas; á cuatro columnas, 300 pesetas; á cinco columnas, 500 pesetas; en tercera plana: una columna 10 pesetas; á dos columnas, 20 pesetas; á tres columnas, 40 pesetas; á cuatro columnas, 60 pesetas; á cinco columnas, 100 pesetas, á seis columnas, 150 pesetas.—Rebajas convencionales en los anuncios, siempre que pasen de quince inserciones.—PAGO ADELANTADO.

SAN SEBASTIAN—Viernes 11 de Febrero de 1898

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Guetaria, 14, bajo.

Teléfono número 24.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

SAN SEBASTIAN: tres meses, cuatro pesetas; seis meses, ocho pesetas; un año, diez y seis pesetas.—PROVINCIAS: tres meses, cuatro pesetas cincuenta céntimos; seis meses, nueve pesetas; un año, diez y ocho pesetas.—EXTRANJERO: seis meses, veinte y cinco francos; un año, cuarenta y ocho francos; un año, treinta pesetas.—Si no fuese renovada la suscripción, se dejará de servir el periódico á los diez días de terminada.—Número suelto, cinco céntimos.—Número atrasado, veinte y cinco céntimos.—PAGO ADELANTADO.

11 DE FEBRERO

Un cuarto de siglo ha transcurrido desde la fecha en que las Cortes españolas proclamaron la República, y cada vez que el calendario señala esta fecha, surgen en el ánimo reflexiones para los unos alegres, y tristísimas para otros. Entre juicios tan diversos que la pasión política procura explotar en provecho del espíritu de bandería, lo que positivamente es cierto, es que esta fecha constituye una enseñanza para todos.

Los republicanos debemos reconocer que aquella institución murió, contribuyendo á tan prematura muerte, en primer término, el idealismo exagerado de los unos, la cándida confianza de los otros y la falta de sentido práctico de todos. Claro es que todas aquellas torpezas, que todo aquel desorden no fué, como se ha pretendido demostrar faltando á la verdad histórica, obra exclusiva de los republicanos; aquella conmoción constante, aquella perturbación que constituía el estado normal del país, obra fué de la conjuración infame tramada por los elementos reaccionarios; de cada cuatro demagogos que gritaban en los clubs y excitaban las pasiones de la multitud en las asambleas, en los espectáculos públicos, en la calle y en el campo, tres eran alfonsinos. La repugnante misión realizada por éstos, fué la de injuriar á la República muerta, después de haberla deshonrado en vida.

Pero esto que la investigación histórica ha evidenciado á los ojos de todos en contra de las interesadas negativas del partido alfonsino, esto no excluye de responsabilidad al partido republicano. Por encima de todas las conveniencias está el respeto que se debe á la verdad, y nosotros no hemos de faltar á ese respeto con argucias y sutilezas que desfiguren los hechos. Por el contrario, reconociendo la verdad queremos mostrarla desnuda á nuestros correligionarios para que funden su educación política en las enseñanzas del pasado. Si queremos que la República se afirme, preciso será que huyamos, una vez triunfante nuestra forma de gobierno, tanto de aquella confianza inocente é infantil que nos llevó á poner la suerte de la República en manos de sus enemigos, entregándola neciamente á generales reaccionarios, como de aquel espíritu soñador, empeñado en realizar de la noche á la mañana transformaciones que solo se realizan lentamente y con la ayuda del tiempo.

Pero dicho esto, estamos en el caso de pedir estrecha cuenta á los monárquicos de lo que han hecho en veintitres años de paz interior. Si de la institución republicana se ha de juzgar por aquel ensayo pasajero realizado en momentos en que tenía que defenderse el Estado de dos guerras, una aquí y otra en Cuba, y en que la opinión hallábase sobreexcitada y enferma, ¿qué juicio hemos de formar de las virtudes de la monarquía si, fundada entre la aspiración unánime de todos los partidos á disfrutar de orden y paz bajo cualquier gobierno que fuera fuerte, nos deja como herencia después de tantos años un país esquilmado, con una administración corrompida y corruptora, y sometidos á la dominación de vergonzosa reacción clerical?

No; lo que la historia prueba no es, como pretenden los pocos monárquicos sinceros que aun existen en España, la impotencia de las instituciones republicanas para salvar al país; prueba, por el contrario, absoluta incapacidad de la institución monárquica para realizar ese mismo fin; prueba que entre el progreso y el desarrollo de los intereses materiales y morales de la patria y la monarquía, existe una incompatibilidad radical é indestructible.

MONARKIYA ETA REPUBLICA

Nere adiskide José M.ren Arrieta Juanari

Ara nun dagon odol tartian
triste, minsu ta bakarra
atso berekot kopet illuna
golberaturik bizkarra;
ori da legez monarki-tarrak
darabikiten izarra,
egun mochsren arratsaldia,
ori da, ilunabarra.

Begiraizzu nola dagoen
urruiko mugaldin
egzal urdinak zabal zabalik
egazki printzaz betis;
ori da berriz argitroizen dan
mirabe alai gazida,
sibiste onez datorkiguna,
ori da, egun sentia.

EUSEBIO ARRESE.

A TRAVES DE LA FRONTERA

Proceso Zola

Nuestros lectores habrán ya leido los telegramas referentes á la tercera sesión de la vista del proceso de Emilio Zola.

De dicha sesión poco en limpio puede sacarse.

Los testigos siguen medio mudos; es decir, se parapetan tras el secreto profesional, y sus declaraciones carecen de interés; al menos respecto de lo que constituye la ansiedad general, ó la curiosidad si se quiere.

En efecto: son más los que consideran culpable á Dreyfus que los que le consideran inocente; pero no podemos menos de reconocer que los que abrigan la primera de estas convicciones lo hacen basados en la palabra de cumplidos caballeros, sin duda, pero en la palabra, al fin, y solo en la palabra.

Verdad es que en este proceso no se trata de saber si la sentencia que condenó á Dreyfus fué justa ó injusta, y sí únicamente de un punto concreto del capítulo de acusaciones formulado en un artículo de Zola; pero el público en general espera, ó mejor dicho, esperaba que de los debates saliera algo relacionado con el proceso del excapitán y que le permitiera fallar definitiva y conscientemente sobre la inocencia ó la culpabilidad de éste.

Y eso no lo conseguirá el público. Ni el presidente del tribunal está dispuesto á consentir pregunta alguna de la defensa dirigida á descorrer el velo tendido sobre el consejo de guerra que deportó á Dreyfus, ni los que intervinieron bajo una ú otra forma en el mencionado consejo, resuélvense á hacer la más leve manifestación que descubrir pueda las causas misteriosas en que se basó la terrible y acaso injusta sentencia.

En comprobación de lo que decimos, y como modelo de declaraciones prestadas en la tercera sesión de la causa que contra Zola se sigue, citaremos la del veterano general Mercier.

Este general contesta con evasivas ó con sofismas; pero al unas, al otras arrojan luz sobre el asunto. Es una tenacidad invencible.

No hay Mr. Labori que valga. Indudablemente no se vé modo de quebrantar la consigna.

Pregunta Mr. Labori:

—El general Mercier ha dicho, que al consejo de guerra pasó un documento secreto?

El general Mercier: ¡Eso no es cierto!

Y ahora expliquémonos. El general Mercier no niega que dicho documento secreto fuese comunicado al consejo de guerra; lo que niega es que él lo haya declarado así, y en demostración de ello, he aquí lo que responde el general á las nuevas é ingeniosas preguntas del abogado defensor de Zola.

—No tengo necesidad ninguna de contestar á las preguntas que me hacels relativas al documento secreto. Repito lo que ya he dicho en otras ocasiones: pero puesto que exigis mi palabra de honor militar, manifestaré explícitamente que «bajo mi palabra de soldado, Dreyfus ha sido traidor á la patria, y por tanto justa y legalmente condenado por el consejo de guerra.»

Las palabras del general Mercier fueron acogidas con *triple* salva de aplausos, según los periódicos.

Tendrá razón el general, no lo negaremos; pero precisa estar que el pueblo en su entusiasmo aplaude á veces al *Blas* del «punto redondo»; y lo que es ahora el general Mercier, prescindiendo de la respetabilidad que le da su categoría, ha actuado de *Blas* solamente, para el público que le hizo objeto de sus «triplicados» cariñosos.

BASOLAL.

RECUERDOS HISTÓRICOS

EYLAU

«Si todos los príncipes de la tierra pudieran contemplar este espectáculo, no serían tan ávidos de guerras y de conquistas.»

No se cree que estas palabras, dichas *en tal dia como hoy* en el campo de batalla de Eylau, sobre el que yacían tendidos cuarenta mil hombres muertos ó moribundos y miles de caballos y cientos de cañones, que también un año como hoy, cubierto por la nieve y por el barro debe de parecer un cadáver; no crea, digo, que esas palabras las pronunció un filósofo ni un moralista de los que han tenido el dulce é imposible ensueño de la paz universal. Quien las dijo fué el autor de las más sangrientas y feroces guerras de este siglo, el que soñaba con el universal imperio y con la dominación del mundo, un hombre con gabán gris, forrado de pieles, con tricornio negro, con el semblante enormemente triste y meditabundo, y que montaba un caballo perlino, en cuyos jaeces, manta y pistoleras se veía bordada la *N* sola.

En esas palabras que, por la plétora del corazón le saltaron á los labios como un vómito de sangre, debieron verse todos los remordimientos, todas las acusaciones que la conciencia le dictaba. Muy pocas veces había mostrado emoción el hombre del gabán gris y del sombrerito negro; aun aquel día, en el fragor de la batalla, al ver perderse regimientos, divisiones enteras de sus tropas rusas y de las tropas rusas y prusianas enemigas que se destrozaban, lanzándose unas sobre otras con salvaje inconsciencia, él solo, con la guardia imperial, en el cementerio de Eylau, había permanecido impávido, sin conmoverse, dejando que los rasos cañonearan á su sabor buena parte del ejército francés mientras llegaba Davout por la mañana, lanzado, por la tarde, á Murat con toda la caballería para que atravesase furiosamente el centro de las líneas rusas y diese lugar á la llegada de Ney; operaciones que se realizaron con temerario valor, perdiendo mucha, muchísima gente. Si siquiera se inmutó cuando una división rusa, cegada por los torbellinos de nieve, se arrojó sobre la guardia imperial, que la rechazó á la bayoneta y después la destruyó íntegra, á pocos pasos del cementerio, donde él, Napoleón, se hallaba.

Eylau parecía al pronto una jornada como las demás que la procedieron y la siguieron, como Jena, como Austerlitz, como Friedland... pero llegó el recorrer aquel campo; llegó el hacerse cargo del desastre en su totalidad, y allí fué el espanto y el temblor y el crugir de dientes. ¡Cuarenta mil bajas! ¡Cuarenta mil hombres sepultados en la nieve, pisoteados por la caballería, tronzados por los cañones, y por todas partes ayes de angustia, brazos levantados pidiendo auxilio, maldiciones de moribundos, inintelligibles y horrorosos blasfemias de los pobres conscos y de los infelices *mujiks*, que habían ido á pelear en manadas numerosísimas, sin saber por qué, ni para qué, al contra quién, y en cuyos rostros amarillos parecía verse la marca de la esclavitud, como en los semblantes pálidos, amoratados por el frío, de los franceses veíase quizás la huella de la ambición, la ilusión perdida de aquel bastón de mariscal, que llevaban en la maleta el caballero, y en la mochila el infante, según el mismo Emperador había dicho... Y éste, por más que fuera un hombre de bronce lleno de nieve, como los cañones que en derredor suyo veía, no pudo menos de temblar y de acordarse de Atila, el azote de Dios y de los pueblos, y de sentir un fuertísimo impulso de arrepentimiento y una hondísima tristeza, como la que llenaba el extenso paisaje y flotaba entre la tierra, oculta por los muertos y por la nieve, y el cielo de color de plomo, trágico, implacable. Junto al Emperador, sombrío y apenado, veíase á Murat como siempre, alegre y risueño, echándolas de bravucón y de guapo mozo; á Davout, grave y cansado; á Ney, intentando penetrar los pensamientos del amo con su oscuro cerebro de soldadote; á Angereau, que, enfermo y febril, había asistido á la batalla atado á su cabalgadura. Todos eran soldados como aquellos que habían tendido por la nieve, á quienes la suerte cortó le carrera que á los otros concedió, brillante y gloriosa; esto Napoleón, que á los unos condujo á la gloria y á los otros á la muerte, era capaz de sentir entonces el inmenso horror de aquella jugada audaz, en que tantas vidas se perdieron.

Pero aquello fué un instante nada más: un momento de flaqueza, como él diría, ó de humanidad, como hubiera dicho cualquier hombre simplemente bueno. Al día siguiente, los hombres vivos, los caballos sanos y los cañones útiles, marcharan de nuevo, al mando del mismo hombre del gabán gris y del negro tricornio, en busca de la muerte.

NOTAS CALLEJERAS

DICHOS Y HECHOS

Ay, sidra á Cs. litro. Así reza un cartel que existe en la puerta de una casa de Atocha. El hueco entre la á y la C se comprende para poner en él los diferentes precios á que se vende el sabroso zumo; lo que no se comprende es la coma después del *ay*, porque da al letrero todo el carácter de una exclamación ó del comienzo de una petenera.

Se dirá que para que así resultase le falta una admiración; pero no lo creen usteles. La admiración la pone todo el que lee el cartel, porque, ciertamente, admira que esos y otros letreros se vean por esas calles de Dios y del Ayuntamiento.

Que se hable mal se comprende, porque es difícil la corrección; pero lo que no se explica es que se escriba mal para el público, porque así como hay derecho municipal para que no se maltrate en público á los animales, debe haberle para que no se maltrate á la ortografía.

Hablar mal suele hacer gracia á veces; pero no así escribir, por lo mismo que esto indica una lenidad censurable y aquello una espontaneidad deliciosa.

Exponíanos é inocente y por lo mismo gracioso es el saludo de aquel individuo que pasando por Atocha y al pasar por cerca de un abrevadero en el que un mayoral daba de beber agua á varios caballos, contestó á los «buenos días» del mayoral, con un «adios, *señores*» verdaderamente ofensivo.

La otra noche oímos en el Teatro Principal á un individuo, aeropuesto de su ornamentación, que á él el estilo que más le gusta es el *pompeano*.

Y digo de él era el reproche que un prógimo dirigía este verano al Ayuntamiento porque no ilumina el Bulevar como en las grandes capitales con arcos *voltáicos*.

Pues esto y el decir en ponderación del material empleado para vigas en la construcción de una casa que lo mejor del edificio es la *bigamia*; como el decir que el Ayuntamiento no puede emprender tal obra porque el estado *pecuario* de sus arcas no se lo consiente, no tiene tanta gracia como el lenguaje de algunos que quieren cenárselas de cumplidos, de espléndidos ó de bien hablados.

De alguien se cuenta que para ponderar el buen trato que se daba en su casa y el despilfarro de dinero que hacía en darse buena vida relataba que con tal de gastar todo lo más posible hasta ponía con azucaries el agua en las comidas.

Como se cuenta de otro espíritu generoso y fino hasta la exageración que obsequiando con chocolate á varios de sus amigos y brindándoles despues con un plato de rico dulce les decía para vencer su resistencia:—Pero qué, ¿es que habeis hecho voto de castidad de no comer dulce?

Pero repito que todo esto es disculpable y hasta gracioso. Lo que no lo es, lo que no puede celebrarse es que se escriba en público como se habla.

La coma del *Ay, sidra* de Atocha es la coma que Eusebio Blasco recomendaba á su hijo que procurase evitar, cuando escribiese en público *Don Sebastián Gomico*, porque si se le deslizaba entre la segunda y tercera palabra resultaba «San Sebastián, cómico», lo cual no es rigurosamente cierto, porque no consta que nuestro santo patrono representase comedias.

Aparte de que el «ay sidra» sin hache, tampoco está bien porque el *¡ay!* es el de la gramática al ver que *ay* un ayuntamiento que permite *¡ahí!* esos carteles por *hoy*.

ARMEGE.

CRONICA DEL DIA

Lo maketo y lo exótico.—Los que mueren.—Pleito pelotístico.—El teatro de Irún.—Sin sombreros.

La semana pasada recordaba las glorias de la Asociación de Amigos del País el señor Orbea en una conferencia que dió en Bellas Artes y hacía votos porque esta sociedad continuase la benéfica obra de aquélla.

A *El Fuerista* le parece mal todo esto. La citada Asociación de Amigos del País la juzga una calamidad, con cuyo juicio dicho queda que aumenta la gloria de aquélla merecidamente ensalzada institución. Y le parece mal que Bellas Artes fomente los bailes, el teatro, el patín y otras muchas novedades *exóticas*.

Podría deducirse de aquí que en esta tierra jamás ha existido el bailé y que tampoco el teatro es cosa del país, cuando todos creíamos que aquí se ha bailado siempre, en una ó en otra forma, pero se ha bailado; y lo que es para pecar de pensamiento lo mismo da danzar arrimado ó á media vara de una mujer.

También creíamos todos que ha existido el teatro vascuence y que existe fomentado en círculos católicos y en colegios á cargo de pías hermandades y comunidades.

Pero no hablemos á eso. Iba mos á recordar que los que truenan contra los *maketos* hicieron diputado al maketo de Nocedal y los que condenan las novedades *exóticas* y hacen y publican revistas de las corridas de toros.

Y después de recordar esto, nos disponíamos á relatar la tanta *exoticidad*.

***

Con numerosa concurrencia se verificó ayer la función de Deja-vela por el alma del que en vida fué nuestro respetable amigo, D. Manuel Urcola.

—El día 9 de este mes falleció en Madrid la señora doña Juana Nessi y Arrolo, tía política de nuestro querido amigo y paisano D. Serafín Baroja, á quien damos nuestro sincero pésame.

—Ha fallecido repentinamente en Londres la señora marquesa de Santurce, más conocida en los círculos aristocráticos de Madrid por Jesusa Murrieta.

Fué dama de gran belleza y elegancia, que brilló mucho en los salones de Londres, en los que ocupaba distinguido puesto y dió allí magníficas fiestas, á las que asistió lo más brillante de la aristocracia inglesa, con los príncipes de Gales á la cabeza.

En Madrid pasó algunas temporadas, pero tenía su domicilio en la capital de Inglaterra.

De su matrimonio con el banquero don José de Murrieta y Campo del Anllo, primer marqués de Santurce, tuvo dos hijas, la mayor de las cuales casó con el actual duque de Santoña, hijo de la marquesa de Manzanedo.

La muerte, que ha sido muy sentida, debe haber sido causada por una antigua afección al corazón agravada de repente.

***

Según vemos en la prensa de Madrid y nos comunicó oportunamente nuestro corresponsal, ante la Sala primera del Tribunal Supremo se ha visto entuerar un recurso de casación por infracción de ley apoyado por el letrado Sr. Bergamín contra una sentencia de la audiencia de Madrid.

Discutíase el pleito seguido entre el primer propietario del Frontón Euskal-Jai, D. Cosme de la Guerra, y el actual poseedor D. Luciano Berriatúa.

Ha defendido á éste el Sr. Bergamín, entendiendo que la Sala sentenciadora ha incurrido en error al apreciar el sentido de una escritura.

Don Antonio Sarabia contestó en un concienzudo informe que la Sala sentenciadora había interpretado en su verdadero sentido la escritura citada de contrario, y que no pudiendo descomponerse la prueba, puesto que el juzgado primero y la audiencia después habían apreciado en conjunto toda la prueba practicada, la impugnación, para que tuviera valor en derecho, debía dirigirse á todos y no á parte sólo de la prueba.

Terminó dando cuenta del testimonio de varios testigos en términos que hace suponer que este asunto tendrá una segunda parte verdaderamente importante.

***

Anteanoche se representó en Irún la zarzuela *Amor al arte*.

El teatro estaba lleno y el maestro Echeverría, que dirigió su producción, fué objeto de calurosas ovaciones, especialmente después del dúo y del vals.

Al final fué llamado al palco escénico en unión del autor del libro.

Por cierto que no vimos en el teatro ni un sólo sombrero.

Querrán creer ustedes que las trunesas estaban más guabas, si cabe, y más elegantes que con él.....?

Hagan ustedes la prueba, las que van al Principal, y se convencerán.

JUAN DEL PUTUELO.

EL HOMBRE DE LAS CIEN CABEZAS

Su suelo dorado era conquistar París, el grandioso París, el espíritu París... París, el imbécil, esa capital del mundo civilizado, en la que se rinde culto á todo lo monstruoso, á todo lo fenomenal, en la que siempre hace falta un [illegible] á la inconsecuente muchedumbre que prodiga la gloria y el dinero.

No tuvo la suerte de ver realizadas sus ilusiones. ¡Cruel injusticia del destino que dejó ignorado á un artista original, tal vez único en su clase, á un hombre que se captaba las simpatías y la comiseración de cuantos llegaban á conocerle en su vida íntima!

No tuvo él nunca la pretensión de revolucionar el mundo; sabía muy bien que era simplemente un *caso teratológico*, y únicamente se alababa del celo, de la paciencia, del cuidado exquisito y meticuloso que había empleado para cultivar ese *caso* hasta llegar al máximum de su perfecto desarrollo.

Solía decir con admirable ingenuidad:

—He recibido de la naturaleza un don magnífico, y he trabajado y trabajo para ser digno del obsequio. He aquí todo.

La idea de que esa prodigalidad que la naturaleza había tenido con él fuese bien correspondida y admirada, unida á las imperiosas exigencias de una situación muy crítica, le hizo pensar en exhibirse en cualquiera de esos sitios frecuentados por un público cuyas manifestaciones están reñidas con la delicadeza y la vanidad de un artista que se respeta, porque tiene conciencia de lo que es y de lo que vale.

Era aquel hombre una notabilidad en gesticulaciones.

Podía hacer con su rostro todos los gestos conocidos y todos los imaginables. Lo único que no podía era dar á su cara una expresión en la que dejara verse la mueca ridícula.

Sus músculos faciales, las líneas, las coloturas, las fibras todas de su fisonomía tenían tan variada y constante movilidad, que él mismo era impotente para hacer que su voluntad fuese obedecida, para saber en qué momento y de qué manera iba gravitar la gravitar en reposo aquella máscara humana.

Desde muy niño había sufrido las consecuencias de lo que realmente era una desgracia, una enfermedad.

Cuando le veían soltaban la carcajada. Aun las personas más indulgentes, más compasivas, no podían contener la risa que les causaba aquel rostro, que era inexhaubble sucesión de visajes extraordinariamente raros.

De naturaleza muy endeble, en extremo nerviosa y predispuesta á la tisis, vivía de mejor efecto, vegetaba gracias á los cuidados exquisitos de su buena madre, una pobre viuda que no contaba con más recursos que los que adquiría trabajando trece ó catorce horas diarias en las ingratas tareas cuyo producto apenas alcanzaba á cubrir las más perentorias necesidades, porque era preciso atender frecuentemente á gastos de médico y botica.

Cuando la madre agotó casi por completo sus fuerzas tenía el hijo veinte años, y hacía muy poco tiempo que ganaba noventa francos al mes en una oficina particular. Sombrío porvenir se presentaba. No permitiéndole el estado de su salud entregarse á un trabajo excesivo, lo seguro era que un día á otro quedara imposibilitado, como la que le dió el ser, para ganar el mísero sustento de los dos. Y en tal caso tendría que recurrir á la mendicidad á buscar en el suicidio el término de su negra desventura.

Fué entonces cuando se apoderó por completo del cerebro de aquel pobre monstruo la idea de sacar algún provecho del raro don que le había concedido la naturaleza, idea que quiso poner en práctica visitando y ofreciéndose al dueño de una de esas barracas de feria en las que se exhiben la *mujer-cañón*, la *foca parlante*, *las filipulinenes* y otros fenómenos por el estilo.

Pero su buena madre se enteró del proyecto, y con súplicas y lágrimas se opuso á que lo realizara.

¡Oh! espantábase la buena mujer pensando en que aquel hijo queridísimo, acostumbrado á todas las ternuras del cariño maternal, podía ser objeto de diversión y chacota ante un público grosero. No, de ningún modo consentiría que se exhibiera en la barraca. Si fuera en un café concierto, menos mal.

Transigiría, aunque no sin pena. La buena mujer, en medio del dolor que experimentaba al considerar que su hijo tenía que acudir á tal medio para ganar dinero, consolábase apartándose del sitio donde se rinde culto á lo brutal y dirigiéndole á lugar donde lo artístico puede ser apreciado.

Se cordaba de que en cierta ocasión, hacía ya muchos años, asistió, en un café-concierto, al triunfo ruidoso de un cómico cuya especialidad consistía en caracterizarse é imitar las actitudes de los más célebres personajes contemporáneos.

Y evocando ese recuerdo murmuraba:

—Un éxito así... ¿por qué no?

Quedó decidido que aspiraría á la gloria artística el infortunado enfermo, el cual comenzó desde luego á prepararse, á ensayar delante del armario de luna. Rudo, penosísimo trabajo, al que se dedicaba todos los días en las horas que le dejaban libre las obligaciones de su cargo.

Tenía que conseguir lo que siempre fué para él un imposible: que la fisonomía obedeciera inmediatamente los mandatos de la voluntad; que su cara caleidoscópica expresara ordenada y metódicamente todas las impresiones que pueden agitar un organismo. ¡Cuánto tiempo y qué extraordinaria paciencia necesitó para poner en orden, distribuir por series y, por decir así, catalogar los gestos que habían aparecido hasta entonces, en confusión caótica, provocar la risa de cuantos le veían! Con esfuerzos titánicos, con inquebrantable tesón, fué venciendo todas las dificultades.

Cuando le habló por última vez estaba ya muy próximo el día en que su trabajo había de llegar al grado de perfección indispensable para creer en la seguridad del éxito.

—Dentro de una semana—dijo—podré hacer mi debut, dando el primer paso en el camino del bienestar, de la prosperidad, tal vez de la gloria.

Su cara, muy flaco, muy pálido. Tosía frecuentemente, y el sonido de su tos me infundió tristeza; era una tos lúgubre que contrastaba con su mirada centelleante de alegría.

Podía considerarsele como consumado maestro de gesticulación. Su voz anunciaba las muecas que iba á hacer y éstas seguían al anuncio con una rapidez y precisión maravillosa. En escala ascendente y descendente sucedíanse todas las expresiones del rostro humano desde la más trágica hasta la más dulce. Era aquello un espectáculo prodigioso; un panorama de ideas, de sentimientos, de pasiones; algo así como la exteriorización del pensamiento de un hombre que antes de morir, y en el goce de todas sus facultades, evoca los recuerdos de su vida entera.

—Ya se como he de llamarme—me dijo el artista.—Me llamaré *el hombre de las cien cabezas*.

Me despedí de él augurándole un éxito brillantísimo.

No se realizó mi augurio. Dos días después el desdichado dejaba de existir.

Le vi en el lecho mortuorio. Su rostro, aquel rostro que estuvo en constante movilidad, hallábase sereno, inmóvil. El frío de la muerte había congelado su última expresión, su expresión definitiva, que era distinta, muy distinta de todas las anteriores.

Con una amargura, con una estupefacción, con un dolor infinito que no puedo explicar y que jamás olvidaré, la pobre madre repetía con voz débil y monótona delante del cadáver de su hijo idolotrado:

—¡No es él!... ¡no es él!... Su cara nunca tuvo esa expresión!... ¡No es él!... ¡No le conozco!

JUAN RICHEPIN.

Nota del Dia

Un tribunal uruguayo
va á tener que resolver
un asunto peliagudo
con tres señoras, (con tres
viudas de un general
que se llamaba Belen
y que fué trigamo el hombre,
que me parece que es ver!
Huelga decir que en su historia
tiene la nota también
de «valor acreditado»
y cuesta para mí pez
con tres conquistas probadas,
según se le pudido ver.
El tribunal tiene encargo
de fallar quien de las tres
es la legítima viuda
de don Francisco Belen,
porque las tres solicitan
la pensión de la viudez.
De hijo los magistrados
que tienen que resolver,
perplejos ante el problema
pensarán más de una vez:
¡Qué general más flojo!
¡Qué Belen! ¡Vaya un Belen!

Noticias.

Robo sacrílego

En la inmediata villa de Escoriaza se cometió el pasado martes un robo sacrílego.

La puerta de la ermita del Santo Angel de la Guarda, que está situada á unos cuatrocientos metros del centro del referido pueblo, apareció fracturada en las primeras horas del expresado día.

En cuanto las autoridades tuvieron conocimiento del hecho, se presentaron en la citada ermita, donde pudieron observar, después de haber practicado un detenido reconocimiento, que habían sido también destrozados dos cepillos de limosnas que en el santuario existían, y que por el suelo se veían esparcidas algunas monedas de dos céntimos que los ladrones al verificar el robo no habían sin duda alguna considerado conveniente llevarlos consigo.

Las autoridades, secundadas por las fuerzas de la guardia civil del puesto de Escoriaza, realizan toda clase de gestiones para llegar al descubrimiento de los autores del delito, los cuales, según parece, que se han podido recoger, se valieron para realizar el robo, de algunas herramientas que suelen emplearse en este país para el cultivo de la tierra.

Incendio en Oyarzun

En la madrugada de ayer se declaró un violento incendio en la caseria «Herreria», situada en el barrio de Iturrioz, de la villa de Oyarzun.

El fuego se inició á las dos de la madrugada, y desde los primeros momentos fué tal el incremento que tomaron las llamas que todos cuantos trabajos se realizaron para su extinción resultaron infructuosos, quedando el edificio reducido á escombros.

El colono del mismo era don Juan José Sagasti.

No ocurrieron desgracias personales, pero las pérdidas son de bastante consideración.

Se consiguió salvar el ganado y la mayor parte de los enseres.

El incendio empezó en el desván, y créese que ha sido casual.

Manicomio

Como ya saben nuestros lectores, la Orden de San Juan de Dios ha adquirido el balneario de Santa Agueda (Mondragón) para destinarlo á manicomio.

Dicha orden ha ofrecido sus servicios á varias diputaciones, para que los allenados que tienen en diferentes manicomios los destinen al futuro de Santa Agueda.

La Comisión provincial de Burgos ha contestado que si la pensión que se satisfaga no escede de cinco reales, someterá el asunto á la resolución de aquella Diputación.

El sorteo del domingo

Con arreglo á lo prevenido en el artículo 63 y disposición transitoria de la novísima ley de reclutamiento y reemplazo del ejército que se insertan á continuación, el día 15 del corriente á las diez de la mañana, se procederá por el Ayuntamiento al acto del sorteo general de todos los mozos comprendidos en el alistamiento del presente año y de los que no hayan sido sorteados en años anteriores.

«Artículo 63—En el segundo domingo del mes de Febrero se hará anualmente el